



Aquellos maravillosos años

CÓMO HEMOS CAMBIADO

TEXTO E IMÁGENES: Taquio Uzqueda Prado

Más veces que para llamar saco el móvil del bolsillo para hacer fotos con sus tres objetivos Leica. Puede hacer capturas de 50 Mb ¡una locura! Es entonces cuando viene a la memoria mi querida “cámara del chocolate”, la primera que tuve. Es muy probable que ahora la añore, no tanto por ella misma, sino por la época en que la usé; o sea, por mis años de adolescencia y juventud.



En el chamizo decorado con evocación de las fiestas (1967)



Encerrados en la cabina telefónica. Espolón 1967

Esa primera cámara fue una Nerasport, que conseguí juntando cromos que se obtenían comprando Chocolates Loyola; yo tendría unos 16 años y corría el año 1966. Si conseguías 40 cromos que venían en las envueltas y los pegabas en una cartilla que facilitaba la empresa chocolatera, podías optar por uno de los regalos que promocionaba. Se podía elegir, entre otras cosas, unas cacerolas, una muñeca o una cámara de fotos; convencí a la familia de que iba a ser para todos, aunque en la práctica solo la usaba yo; bueno... alguna foto sí que les saqué a ellos. La cámara era muy básica, solo tenía dos posiciones, sol y nublado; no sacaba muy buenas fotos, sobre todo si no había sol, pero

era la única disponible en la cuadrilla; así que, cámara en ristre, con ella saqué cuantas fotos tengo del Logroño de aquella época.

Con la Nerasport tomé instantes imborrables de juventud que ahora, gracias a ella, puedo revivir con el recuerdo. Otros muchos momentos solo perviven en mi memoria y pienso que tenía que haber sacado más fotos.



De escapada al monte La Pila de Lardero (1968)



La playa del Ebro (1968)

En aquellos años teníamos que hacer una recolecta entre la cuadrilla para comprar un carrete y cargar la cámara; según cuántos se apuntaban y el dinero recaudado comprábamos un carrete de 24 o 36 tomas en blanco y negro; luego venía el coste de revelarlo y obtener las copias en papel. Por entonces el color todavía estaba empezando y solo lo manejaban los fotógrafos profesionales, pues su revelado era complicado y normalmente los carretes se mandaban a Bilbao o Zaragoza con el coste añadido que ello suponía.

No estoy seguro, pero aparte de alguna foto que tiré en mi barrio, creo que la estrené en un viaje con mis padres y mi hermana a Lourdes; por cierto, dada mi inexperiencia, salieron casi todas movidas. Por aquellos años se pusieron de moda viajes organizados de fin de semana o de algunos días más; eran momentos

en los que no todo el mundo tenía coche ni cámaras fotográficas.

Si en la década de los 50 podría decirse que casi no habíamos salido de la posguerra, en la de los 60 inició España un gran desarrollo industrial y económico, que se consolidó en la década siguiente.

Una de esas veces que me hubiera gustado llevar la máquina encima fue una manifestación de jóvenes en el Espolón; calculo que seríamos unos trescientos y tuvo lugar una tarde del verano de 1967. Al gobernador civil del momento, de cuyo nombre no quiero acordarme,



Chamizo de 'Los Desbocaos' (1967)



Ruinas del convento de Madre de Dios (1968)

se le ocurrió prohibir los chamizos, esos cuartos oscuros donde los jóvenes intentábamos por las fiestas mateas *comernos un rosco* y que casi siempre se quedaba en eso, en un intento. No hagan caso si les cuentan otra cosa, porque estamos hablando del *sesentaysiete*, un año antes de la revolución francesa, la última, la de mayo del 68.

No recuerdo de qué manera nos convocamos tantos jóvenes ante el Gobierno Civil; seguro que se usó el boca a boca y quedamos, todo el que pudiera ir, a las siete y media de la tarde en el Espolón. ¿Cómo acabó la protesta de los chamizos? Salieron los dos 'grises' (policías de uniforme gris), que hacían guardia en la puerta del Gobierno, y con la porra en ristre comenzaron a perseguirnos; la desbandada fue general y recuerdo que crucé el Espolón, enfilé Calvo Sotelo y no paré hasta llegar a la Avenida de Colón.

Los domingos por la mañana o te arreglabas e ibas a dar vueltas al *tontódromo* del Espolón para ver pasear a las chicas, o te ibas a almorzar al campo con los amigos.

Recuerdo uno de esos domingos en el monte La Pila de Lardero, ocasión en la que, ahora sí, pusimos carrete en la flamante Nerasport; nos sacamos fotos en plan de escaladores del Himalaya, que luego enseñábamos a las chicas sin decirles dónde habíamos estado. También un domingo, de los que quedamos en el Espolón (con americana, camisa y corbata), hicimos un poco el 'gamba' encerrándonos en una cabina de teléfonos. Creo que lo hacíamos para llamar la atención de las chicas.



Elección Miss Hogar del Aprendiz (1969)

Los domingos de verano se pasaban en la 'playa' del Ebro, primero con nuestros padres y un poco más mocitos con la cuadrilla; no podía faltar el paseo en barca; si éramos unos cuantos, alquilábamos dos barcas y subíamos río arriba casi hasta la presa de la Guillerma para que no nos viera el Pasti, propietario de las mismas, simulando allí una batalla naval de las que habíamos visto en las películas. Esto hacíamos los formales, los gamberros volcaban la barca y tenía que acudir el Pasti nadando a darle la vuelta y recuperarla; habrían ido calentitos si los hubiera pillado. A última hora siempre volvíamos al *tontódromo*.

En las tardes de invierno se cambiaba la playa por el cine de sesión continua; entre semana la cuadrilla elegía democráticamente la película viendo las carteleras anunciadas en los pilares de Portales. A la salida del cine, de nuevo al

tontódromo de invierno, en este caso los soporales.

Hacia las 21:30, como mucho, se acababa eso de vuelta para arriba y vuelta para abajo, pues casi todas las chicas tenían que estar en casa lo más tarde a las diez de la noche y muchos chicos también.

Importantes fueron en aquellos tiempos los chamizos de fiestas como punto de diversión y encuentro entre jóvenes. Mi cuadrilla hizo uno en la calle Oviedo, una mañana llevé mi cámara del chocolate y me sacaron una foto



Inauguración del Monumento al Labrador (Diario La Rioja 1967)

subido a los hombros de un amigo pintando el cartel que rezaba *Los Desbocaos*; en el interior hicimos también fotos con un mural que pinté en la pared; normalmente se decoraban con carteles de cine o similares, pero en mi cuadrilla tenían un pintor. Después nos fuimos al Espolón a buscar chicas para invitarlas al baile de la tarde y pasamos por la estatua del Labrador que la estaban inaugurando; no le dimos ninguna importancia y pasamos de largo. Entonces no se me ocurrió sacar una foto, teníamos la cabeza en otro lado; cosas de la edad.

En la década de los 60 proliferaron los clubes juveniles; estaba la OJE (Organización Juvenil Española), el Club Glera y el Hogar del Aprendiz, entre otros; además, en muchos colegios proyectaban cine los domingos por la tarde; era una forma de tener a los adolescentes entretenidos y controlados para que no hicieran fechorías. En todos se promovían actividades, campeonatos de damas y ajedrez o de ping-pong y hasta bailes y elección de mises y madrinas de honor; una vez me tocó ser jurado para elegir *miss* del Hogar del Aprendiz. Este club organizó en cierta ocasión un concurso de fotografía, me presenté con unas fotos de las

ruinas de la iglesia de Madre de Dios, quemada en marzo de 1936; creo que me dieron un segundo premio, que consistía en una docena de pasteles y que los comimos entre la cuadrilla.

Con 20 años más o menos ya empezábamos a hacer guateques esporádicos los domingos por la tarde, que entonces se pusieron de moda. Era toda una aventura, había que buscar un local que tuviera algún padre de amigo o conocido dispuesto a cederlo; luego venía lo del tocadiscos, a ver quién tenía uno que lo quisiera llevar con discos incluidos, claro está. Y lo más difícil, convencer a chicas para que fueran a bailar con nosotros. Desde el lunes anterior al domingo, en el que íbamos a organizar el guateque, ya empezábamos con las invitaciones al sector femenino.

Luego venía la mili, después te echabas novia y te terminabas casando, pero eso es otra historia. Eran otros tiempos y distinta forma de ver la vida que la actual; no me atrevo a decir si mejor o peor, simplemente diferente. ¡Qué jóvenes éramos! Por eso fueron maravillosos aquellos años.